

Alfredo López Austin y Luis Millones

Los mitos y sus tiempos

Creencias y narraciones de Mesoamérica y los Andes

Alfredo López Austin y Luis Millones

Los mitos y sus tiempos

Creencias y narraciones de Mesoamérica y los Andes

Las ilustraciones del pliego de “Los brotes de la milpa. Mitología mesoamericana” son de Alfredo López Austin; las de “Los Andes en la voz de sus mitos” son de Renata Mayer.

Primera edición: 2015

ISBN:

DR © 2015, Ediciones Era, S. A. de C. V.

Mérida 4, colonia Roma, 06700 México, D. F.

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

Este libro no puede ser fotocopiado ni reproducido total o parcialmente por ningún otro medio o método sin la autorización por escrito del editor.

This book may not be reproduced, in whole or in part, in any form, without written permission from the publishers.

www.edicionesera.com.mx

Índice

Palabras previas	13
Alfredo López Austin y Luis Millones	
Los brotes de la milpa	
Mitología mesoamericana	21
Alfredo López Austin	
Prólogo	25
Cuando el Sol nació	31
Dos mitos solares	31
El principio del mundo	33
El relato	37
El nacimiento de Huitzilopochtli	41
El relato	42
Los tiempos del tiempo	45
Cuando los dioses se formaron en fila	45
El nacimiento del <i>uinal</i>	50
El relato	53
Los Soles y el diluvio	59
Destrucción para reconstrucción	59
Los cinco Soles, el diluvio y el restablecimiento	
del mundo	61
Primer relato	63
Segundo relato	67
El diluvio y los bacabes	67
Primer relato	68
Segundo relato	69
Tercer relato	70

El diluvio tepecano	71
El relato	72
Así nacimos	75
El origen de los seres humanos	75
La mezcla de Tamoanchan	76
El relato	77
Las criaturas hechas de maíz	80
El relato	81
Primera parte	81
Segunda parte	87
Nuestro alimento	91
Así lo dispusieron los dioses	91
Tres antiguos mitos nahuas sobre	
el origen del maíz	92
Relatos del nacimiento del Dios Mazorca	93
Relato del robo del maíz	93
Sintiopiltsin (el venerable hijo	
Dios Mazorca de maíz)	94
El relato	96
El alma del maíz	100
El relato	100
¿Por qué trabajamos para obtener el maíz?	102
El relato tepehuán	102
El relato huichol	106
Así salieron los hombres a encontrar su amanecer ..	109
Cuando los hombres se separaron	
para ir a existir sobre la tierra	109
La salida de Culhuacan-Chicomóztoc-Aztlan	111
El relato de la historia tolteca-chichimeca	113
El relato de Cristóbal del Castillo	120
La salida de Tulán	123
El relato quiché del <i>Popol vuh</i>	124
El relato quiché del <i>Título de Totonicapán</i>	127
El relato cakchiquel del <i>Memorial de Sololá</i>	128

Al amparo del patrono	131
El amanecer de los pueblos	131
La distribución de los grupos humanos	
en el mundo	131
El relato,	133
La distribución de la tierra y del trabajo	136
Primer relato	137
Segundo relato	138
Tercer relato	139
Los reyes heroicos	140
Primer relato	142
Segundo relato	146
Los animales	149
Cuando los animales hablaban	149
La creación de los animales	150
Relato quiché de la creación de los animales	
de la tierra	151
Relato mixe de la aparición de los animales	153
Relato huichol de la creación de los animales	
nocturnos y diurnos	156
Relato totonaco de los animales comisionados	157
Relato mixteco sobre cómo los animales	
consiguieron sus nombres	159
La última pincelada	159
Relato náhuatl del alacrán	161
Relato tzotzil de las mariposas	163
Relato mazateco de las pepescas	164
Relato maya de la lechuza	164
Relato zapoteco del burro	165
Relato tzeltal del gallo	166
Relato chinanteco de los changos	166
Relato tlapaneco del correcaminos	167
Relato otomí de la ardilla	168
Relato maya de la torcaza	169

La niebla	171
Estancia	171
El nacimiento de Jesucristo	173
El relato	175
Shondá-vee	177
Primer relato	179
Segundo relato	180
Las manchas de la Luna	180
Primer relato	182
Segundo relato	183
Arraigos y desarraigos	185
Andanzas	185
Los abu	191
El relato	193
El diluvio	194
El relato	194
La danza del caballito	195
El relato	196
Acicalando al acicalador	199
Un historiador memorable	199
El último gobernante de Tollan	203
El relato	206
Conclusión	213
Desmitologización y remitificación	215
Verdad vieja, verdad nueva	215
Del mito a la historia remitificada	217
El relato	219
Jesucristo y el Libro	229
Primer relato	231
Segundo relato	235
Tercer relato	236

Los Andes en la voz de sus mitos	239
Luis Millones	
Prólogo	241
Primera parte: el espacio mítico del mar	247
Primer espacio mítico: el mar	247
El lobo de mar y el <i>Spondylus</i>	257
Islas o ballenas	266
El reino del Dios Luna	278
Segunda parte: el espacio mítico de la piedra	291
El Estado incaico y los mitos oficiales	291
Viracocha Pachayachachi, ¿dios creador?	296
Las montañas, <i>apus</i> o <i>wamanis</i>	303
Las piedras y los hombres	309
Árboles y seres humanos en el amanecer	
de los andinos	323
Los alimentos y los dioses	330
Conclusión: el universo paralelo de los gentiles	357
Bibliografía general	373
Glosario	387

Palabras previas

1

En 2007 ambos autores nos lanzamos a la empresa de publicar estudios sobre las culturas de los Andes y Mesoamérica. Nuestro fin principal fue motivar en los investigadores jóvenes la producción de análisis comparativos entre las concepciones indígenas de estas dos macroáreas culturales. Nuestra idea central era la edición de trabajos dirigidos a historiadores y antropólogos especializados, pero también a un público mucho más general, que en resumidas cuentas debe ser impulsor valioso y beneficiario legítimo de las investigaciones científicas.

Juzgamos que nuestros propósitos eran útiles frente a la escasez de proyectos encaminados a este tipo de comparaciones. Las semejanzas y las diferencias entre las culturas de Mesoamérica y los Andes son asombrosas, y merecen una atención que hasta hoy no han tenido. Su confrontación rigurosa llevaría al desarrollo de métodos y técnicas de gran utilidad, y sus resultados plantearían, sin duda, muchas otras preguntas que en su tiempo y con sus bases podrían ser reformuladas, sobre todo en lo tocante a las posibilidades de herencias ancestrales, de contactos antiguos o de paralelismos en la creación de las culturas. No negamos los grandes esfuerzos y la considerable importancia de las obras de quienes nos han precedido desde hace mucho tiempo, nos han acompañado o siguen proyectando hacia el futuro proyectos similares: reuniones académicas,¹

¹ Un ejemplo son las VI Jornadas del Inca Garcilaso “Cosmovisión Indígena en Mesoamérica y los Andes”, llevadas a cabo en Montilla, Córdoba, España, en septiembre de 1996, organizadas por Antonio Garrido Aranda.

monografías,² libros colectivos,³ etcétera; pero su conjunto es exiguo dada la importancia del tema. Por ello consideramos entonces y ahora que muchos más debemos seguir contribuyendo, desde distintos frentes, al incremento de los estudios comparativos.

La empresa iniciada en 2007 produjo un libro en coautoría sobre cosmovisiones indígenas (*Dioses del Norte, dioses del Sur*) y la coordinación de dos libros colectivos, en los que participaron distinguidos colaboradores andinistas y mesoamericanistas. Uno fue sobre la zoología en el contexto general de la cosmovisión (*Fauna fantástica de Mesoamérica y los Andes*) y otro sobre las concepciones indígenas nacidas de la prédica cristiana centrada en la figura del Diablo (*Cuernos y colas. Reflexiones en torno al Demonio en los Andes y Mesoamérica*). El que ahora ofrecemos es, por tanto, el cuarto fruto de esta empresa académica, y está encaminado al estudio de la mitología de las dos macroregiones.

2

¿Por qué el estudio del mito? Una de las respuestas es su vigencia contemporánea. Con motivo del bicentenario del nacimiento de Charles Darwin se publicaron estadísticas sobre el número de personas que aceptaban la teoría evolucionista o el creacionismo. Entre los resultados que aparecieron en revistas de difusión estuvieron los correspondientes a Gran Bretaña y Estados Unidos, basados en encuestas realizadas en el año de 2009. Según los resulta-

² Entre muy notables trabajos se encuentra el excelente estudio de Carrasco, "The Political Economy of the Aztec and Inca States".

³ Puede mencionarse, entre los ejemplos, el libro de Cervantes (coord.), *Mesoamérica y los Andes*.

dos, en Gran Bretaña, 48 por ciento declararon su opción por el evolucionismo, 22 por ciento por la teoría creacionista y 17 por ciento por la posición híbrida del diseño inteligente. En Estados Unidos, en cambio, 15 por ciento aceptaron el evolucionismo, contra 48 por ciento que se declararon del lado del creacionismo y 29 por ciento del diseño inteligente. Aunque estos porcentajes corresponden sólo a dos países, y aunque en éstos impera la tradición bíblica en sus expresiones judía, cristiana e islámica, las cifras anteriores nos hacen meditar en el tremendo peso mundial de las concepciones que atribuyen a la intervención divina la existencia y la configuración de las criaturas mundanas. El pensamiento mítico no sólo está vigente, sino que sigue siendo el fundamento de las concepciones de una parte considerable de la humanidad. Es conveniente, por tanto, estudiar no sólo la persistencia del mito, sino la forma en que éste se entrelaza con todos los aspectos de la vida en las distintas tradiciones, cómo se convierte en uno de los medios de expresión de las cosmovisiones y cómo interviene en las distintas épocas y los diversos espacios como pieza imprescindible para la construcción de las culturas.

Por nuestra parte, pretendemos dar a conocer el mundo mítico perteneciente a las dos macroáreas, no meramente como una colección de relatos, sino con explicaciones que pueden ser útiles para apreciar el valor y el sentido de esta formidable manifestación del pensamiento humano. Es un enfoque que parte de dos centros importantes de cultura en la enorme diversidad de las concepciones que existen y han existido en la historia del ser humano.

Los mitos andinos y mesoamericanos forman parte de sistemas creados por las sociedades indígenas en la cotidianidad de su existencia; pertenecen a ordenaciones que permiten a los hombres enfrentarse a su entorno fí-

sico e interrelacionarse en el contexto social en que están inmersos. Las creencias míticas estudiadas suponen un diálogo constante entre los hombres y los dioses, trato indispensable no sólo por las razones genéticas de origen del mundo, sino por los vínculos que permiten el constante flujo de las fuerzas derivadas del otro tiempo-espacio hacia la morada de las criaturas. Al ser el pensamiento mítico contrario a la transformación profunda de los seres, los concibe como poseedores de esencias características de cada clase, de cada especie vegetal o animal. Son estas esencias –reificadas como entidades anímicas– los nichos de cualidades que constituyen centros inmodificables de formas y sustancias adquiridas desde el momento de la creación. Esto permite que, a partir del pensamiento mítico, la naturaleza de las criaturas pueda ser remitida al momento de su conformación prístina y, más allá, a procesos cósmicos que se dieron antes del surgimiento del mundo, y que determinaron, en el momento culminante de la creación, cómo sería cada criatura. La creencia mítica funciona, así, como vía heurística que, articulada a todo el orden de la cosmovisión, brinda al hombre conocimientos y lógicas de interpretación y de acción.

A la creencia mítica corresponde una expresión que, dadas las características adoptadas por su género, se realiza en la oralidad. La profundidad de su contenido, la sacralidad de su origen y la función cohesiva de los relatos encaminan a la narrativa mítica hacia la expresión estética, aquella que emociona al creyente cuando lo hace penetrar, con el relato, a los ámbitos ajenos a las criaturas, al tiempo-espacio de los dioses.

El valor de la creencia y el valor del relato se suman para formar hilos que se entrecruzan en todos los ámbitos de la acción social. Así los encontraremos entramados en aquellas narraciones simples, casi cuentos infantiles, que so-

cializan los más pequeños rincones de la naturaleza, o en ritos en los que el fiel cree quedar expuesto a las fuerzas sobrenaturales destructivas. Así estarán presentes en el diálogo pedagógico –sin necesidad de que los mitos sean relatos didácticos–, pero también en las intrincadas justificaciones de los poderosos cuando imponen órdenes políticos novedosos o extremos. Así orientarán al labriego en el cultivo o inflamarán el furor de los guerreros. Así recibirán a los hombres en el mundo y así los despedirán de esta morada. Así cohesionarán a los fieles en el dogma o encauzarán a los rebeldes en sus herejías.

En ambos contextos históricos, el andino y el mesoamericano, los antiguos mitos recibirían el tremendo impacto de otros mitos: los extranjeros, que pretenderán borrar por la fuerza los anteriores para ocupar su sitio. Al fin, la historia les dio un rostro no esperado: quedaron entrelazados en una difícil unión en la que todavía se debaten los creyentes. La historia transformó el sentido de los antiguos mitos propios y el de los mitos impuestos, creando saberes que son ahora un recurso de impulso y de defensa en la difícil condición colonial que agobia a quienes fueron vencidos.

Así, en las comunidades indígenas, en los grupos incrustados en las modernas urbes mestizas y en el exilio obligado por la pobreza, los mitos siguen sirviendo como reflejo de una visión sistemática del cosmos que les es propia: la mezclada, la reinterpretada cotidianamente, la actual. La historia ha transformado los mitos al ritmo en que transforma la cosmovisión indígena, la verdad indígena, tan legítima como la de cualquier cultura, la verdad que es un arma construida por la tradición para enfrentarse al mutable presente, al imperceptible futuro.

Se apela a los mitos con la esperanza de que conduzcan a la desaparición de la pobreza, aun con el riesgo de

que sean otros los que pretendan manipular las creencias sociales. Es cuando el mito, que en una legítima definición científica no carga con la nota infamante de mentira, la adquiere al mistificarse. Así, la esperanza andina del regreso del Inca mesiánico, libertador, pasa tocada por la impropiedad o la falsedad a un público mestizo, medianamente occidentalizado, y forja ilusiones en los verdaderos fieles cuando un candidato político aparece vestido –disfrazado– de Inca, al menos cargando un símbolo, un poncho, un sombrero o cualquier otra prenda ajena al portador, arrebatada a una cultura que le es ignorada y extraña. El mito sirve al falsario, que promete para evocar en los creyentes un liderazgo idealizado en su posterior gobierno, ese gobierno que vendrá, al igual que otras veces, lleno de promesas incumplidas. Pero, como siempre, la fortaleza del mito volverá a hacer que los creyentes esperen al padre-gobernante justo y generoso, y el voto volverá a producirse con la fe –o con el encandilamiento– del mismo sueño.

Esto hace que la comprensión del mito no deba ser un mero afán académico de sus estudiosos. Independientemente de cuál sea nuestra propia visión del cosmos, pertenecemos a sociedades en las que el mito está presente: guía conductas, construye esperanzas, reafirma verdades tradicionales o se falsea para convertirse en instrumento de engaño. Pertenezcamos o no al número de los creyentes en aquel tiempo en que la divinidad o las divinidades imprimieron las esencias en sus criaturas, todos estamos inmersos en una época de vigencia mítica.

3

Si bien son dos los hilos conductores de nuestros trabajos –el tema general y su destinación a un público muy am-

plio—, hemos optado, como en el primero de los libros en coautoría, por una total libertad en cuanto al enfoque, diseño y desarrollo de cada una de las dos partes de este libro. Los resultados obtenidos en *Dioses del Norte, dioses del Sur* y la aceptación expresada por el público nos permiten mantener ahora el mismo criterio. También influye en nuestra decisión la heterogeneidad de las fuentes de las que se dispone para el estudio de cada macroárea. En la parte mesoamericana se ha preferido partir del relato mítico (antiguo y presente) agrupando los textos en razón de su temática y fortaleciéndolos con una previa explicación que sitúa al lector en el contexto de la cosmovisión. En la parte peruana se ha optado por la explicación del desarrollo de las mitologías, y con ella se resalta la importancia del medio geográfico y la historia que las fueron forjando.

Sin embargo, en ambas partes de este libro mantenemos un principio que nos impulsó cuando nos lanzamos a la elaboración del primero: el hedonismo. Penetramos en las aguas de la mitología indígena con el placer de sumergirnos en la belleza creativa de los pueblos constructores. Es el gusto que deseamos transmitir a todos nuestros lectores.

Alfredo López Austin y Luis Millones

Los brotes de la milpa
Mitología mesoamericana

Alfredo López Austin

Para Martha Rosario

Prólogo

Cada uno conoce sus historias, que a veces se parecen, pero siempre tienen algo cambiado, según quien sea el contador. Yo, de mucho escucharlas, ya ni atino a saber quién las dijo de una manera y quién de otra. No le hace, porque como dicen ellos, basta con que nosotros, los que venimos detrás, guardemos de sus palabras la memoria.

Perla Petrich, *País de agua*

Los mitos nacen para ir siendo oídos por quienes los reciben como verdades antiguas. Se forman de palabras, de silencios y de los ruidos de los entornos –tiempos, espacios, situaciones– que son los apropiados. Si contamos las miradas y los gestos de todos los presentes, podremos considerarlos diálogos.

Tal vez más de la mitad de quienes los escuchan los hayan oído varias veces. Han oído esos relatos o relatos casi iguales: ni sus títulos ni sus aventuras ni sus desenlaces necesitan ser ignorados para que atrapen la atención de los oyentes. Es que el diálogo empezó hace mucho tiempo, fluyendo, enraizando, saliendo de repente a respirar a la superficie en la voz del narrador y en los oídos de su entorno, y volviendo a penetrar para seguir su flujo en las venas comunales. ¿Fue necesario un Homero? ¿Fue necesario un Hesíodo? No. Es que los mitos son anteriores a los Homeros y a los Hesíodos; estos héroes fueron sólo sus aedos. Los creadores de los mitos fueron otros: los anteriores, los múltiples, los anónimos, los dialogantes.

Los mitos se formaron –se forman– en la brega con las rutinas, los ritmos, los susidios; se forman en los descansos con el sudor refrescante de la sombra; se forman en

los encuentros con el gesto, con la charla, con la lección, con el cruce indiferente; se forman con todos los enunciados del amor, y con los del dolor, la duda, el sueño y el ensueño; con saberes y misterios; con las pautas y con sus violaciones. Se forman, en suma, en las repeticiones y repeticiones de lo cotidiano; esas repeticiones que se integran con partículas novedosas, sorprendidas. Los verdaderos creadores de los mitos nunca saben que siempre están haciéndolos.

Por ello los mitos atrapan a quien los escucha. Por eso emocionan o confortan o perturban a quien ha de recibirlos. Sin saberlo, quien así los recibe los reconoce como suyos. Le pertenecen por lo que ha vivido: en su experiencia y en la experiencia heredada de las generaciones. Es que los mitos son rosarios de metáforas que cuentan cómo es ahora el mundo porque dicen cómo fue en un principio, y para ello deben remontarse mucho más allá de aquel principio, cuando el tiempo aún no era tiempo, cuando las cosas que existen hoy existían como otras cosas, pero ya se estaban haciendo. Y es que cada rosario de metáforas, espejo del rosario de las cosas que se hacían, enlazó sus cuentas como debió haberlas enlazado. Porque las cuentas repiten y repiten: “Así fue; así es; así debe ser. Ésta es tu justificación; es tu guía; es tu destino; es tu misión en el mundo”. Y como son metáforas, lo dicen metafóricamente, diciéndolo sin decirlo, pero confirmándolo al mismo tiempo con razones incontables, pues son espejos.

Así es el nacimiento, la existencia, el fugaz afloramiento y la función de los mitos.

Sin embargo, más allá de su gran función, de la función primera y primaria de los mitos, la que se cumple en la comunidad de sus autores, tienen otras funciones. Como obra humana, los mitos dejan huella y pueden ser recibidos.

dos, conservados y apreciados por el otro, por el ajeno, a la distancia de siglos y de geografías. Con sus huellas se pueden reconstruir muchos nuevos edificios. En las mentes quedan recuerdos; en las pautas quedan enseñanzas; en los registros magnéticos de las reproductoras quedan remedos de viejos sonidos y, en las letras de los libros –libros nuevos, libros viejos y libros ya venerables–, los esqueletos del relato. Son los vestigios, los materiales de construcción, materiales reusables. Cada quien puede levantar con ellos su obra de acuerdo con sus muy particulares intenciones. El material es noble y da para mucho.

Habrán amantes de la literatura que tendrán en los mitos (en sus vestigios) una fuente de placer estético. Aunque ajenos a aquellos nichos sociales en los que nació el mito, aunque alejados de las que se llaman culturas de los otros, aunque carentes de las precisas claves de intelección, podrán vibrar con notas artísticas de instrumentos remotos y, por poco que puedan recibir, lo recibido les será suficiente para alcanzar el gozo. Nadie entiende a otro plenamente; la intersubjetividad es como la vibración de la horquilla del diapasón, que es distante y propia; pero nadie deja de entender a otro lo necesario para percibir algo del sentido y sentimiento de su palabra o gesto. Entre ambos extremos hay muchos grados. Es ingenuo pensar en absolutos.

Habrán científicos que se enfoquen en los relatos míticos para adentrarse en los flujos de las tradiciones; que quieran entender en ellos los mecanismos de construcción de las culturas; que pretendan ubicar características para ordenar jerárquicamente sus taxonomías; que busquen sensores para percibir las claves adecuadas para la interpretación, o nudos en las enormes redes que forman las cosmovisiones, o causas y efectos de los actos cotidianos y de los no cotidianos.

Habrán filósofos que vean en los mitos los engranes de las estructuras lógicas, respuestas necesarias a la contradicción, el juego de las oposiciones, las bases para operar fórmulas matemáticas reductoras del pensamiento, recursos del ser humano para ordenar la inmensa variedad de sí mismo y de su circunstancia.

Habrán estudiosos de la literatura que encuentren en los relatos míticos modelos, géneros, comparaciones útiles, bases para clasificación y análisis. Y lingüistas que analicen los pormenores de las formas con las lupas de sus propias categorías y desmenuzamientos. Y psicólogos que propongan arquetipos o que hurguen en los mitos los rincones de la mente en la oscuridad onírica y en la nebulosidad de los ensueños. Y creadores que quieran encontrar en los relatos míticos inspiración para sus propias inspiraciones, porque las obras bellas son como chispas que brincan y se reproducen a distancia.

En fin, que el mito, como tantas obras del hombre frente al hombre, presentan y reproducen facetas –como espejos– para que cada quien se refleje como lo quiera o lo requiera.

Yo he buscado en el relato mítico, durante décadas, las formas variantes con que una tradición humana va formándose a lo largo de la historia –en el pensamiento y en el sentimiento– una imagen holística del cosmos. Lo mismo he podido preguntar a los ritos, a las clasificaciones, a las recetas de la farmacia o a las de la cocina. Toda actividad del hombre esconde los grandes lineamientos de su cosmos, de las innumerables construcciones de los cosmos de las innumerables formas de las tradiciones culturales. Pero entre todos he preferido el camino del mito por creer que, aun en su opacidad, en él están contenidas las respuestas a mis inquietudes. He visto cómo esas concepciones míticas nacen de todos y en todo momento, en

la cotidianidad de la obra y de las aspiraciones, y cómo su germen se depura en los procesos sociales por medio de la comunicación, y cómo la comunicación requiere de la abstracción, y la abstracción genera abstracciones mayores para después rebotar nuevamente hasta la vida cotidiana como guía, como sentencia, como principio, como inspiración. Y he querido encontrar... pero, lector, me olvido de mi oficio. No debo contar en un prólogo qué he hecho o he querido hacer, sino qué es lo que ahora te ofrezco. Para eso son los prólogos: cartas de presentación con que se inician los diálogos virtuales.

¿Qué pretendo entregarte con los textos que aquí anuncio? Quiero ofrecerte, lector, materiales valiosos para la construcción. Me gustaría que los usaras. Son residuos de la mitología de una milenaria tradición de cultivadores de maíz a la que denominamos mesoamericana. Son frutos de una cotidianidad; son brotes de las milpas. ¿Para qué te los ofrezco? Tú sabrás para qué los aprovechas. Tu elección está abierta. Yo sólo he procurado que sean muchas las posibilidades de uso en un radio de diálogo muy dilatado. La presentación de los textos carece de dedicatorias especiales, precisas. Si fueras un lingüista, te ofrecería textos en lenguas nativas, transcripciones con signos especiales o, mejor, registros magnéticos. Si fueras literato, versiones puntualísimas, a la letra. Si fueras historiador, contextos precisos de tiempo y de espacio, con descripción detallada de las circunstancias. Pero, como pretendo que el radio de comunicación sea más generalizado, debo ofrecer otra cosa. Te entrego una especie de traducción que pretende ser fiel y en lengua llana, pero tengo conciencia de que no puede ser exacta: tiende tanto a agradar a quien busca el placer literario como informar a quien requiera de cabos para llegar a las madejas útiles para sus más puntuales necesidades y especialidades. No engaño a nadie: no

es ésta una voz directa de los creadores indígenas. Es una versión en mis propias palabras. En ocasiones las notas explicativas pudieran parecer demasiado extensas, pero es que los textos míticos pueden revelar mucho más de sus sentidos si se parte de sus propios contextos. He alargado las explicaciones tanto como lo estimé necesario para que los relatos no alcancen la categoría de lo exótico.

Pero si acaso buscas, lector, fines más precisos, utilidades más especializadas, te doy las referencias necesarias para que sigas el camino que yo mismo he recorrido. Mis fuentes son casi todas muy asequibles. Ve a ellas, reúsalas, que de seguro podrás ver mucho más de lo que yo he visto.

Salud, lector. Recibe este trabajo con mi disfrute en el contar y con la esperanza de tu disfrute en su lectura.